



Por fin, en Lisboa, una conversación amable entre lord Carrington y Marcelino Oreja sobre Gibraltár.

que ingresemos en la OTAN, que corresponde también a la imaginación de que dentro del gran organismo militar España apoye las tesis y las acciones de Estados Unidos. Pero hay otra, también en los Estados Unidos, que consideran la utilidad de la amistad de España —tan subrayada en la entrevista Suárez-Carter, tan deferentemente significada por Carter con motivo de la visita del Rey—, que podrían desear esa ilusoria, ni siquiera aparente, neutralidad. Por ejemplo, España puede albergar la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa porque es "neutral", como Finlandia o Yugoslavia, que son sus anteriores sedes, o como Austria; por el simple hecho de no pertenecer a la OTAN. Puede tener una influencia en América, incluso como "modelo", que sería recibida con más dificultad si fuese un país más beligerante. Su falta de relaciones con Israel la convierte en una pieza para el diálogo con los países árabes, como ya se marcó con el "deshielo" occidental que permitió recibir en Madrid a Yasser Arafat. Son dos bases franquistas; la política exterior hacia la hispanidad y hacia la arabidad, basadas en puntos de apoyo históricos, utilizadas entonces frente al aislamiento diplomático de las democracias. Pueden ser explotadas hoy con el nuevo régimen, con la nueva política internacional.

DE todo esto puede componerse una política internacional. No se puede pedir demasiado al conjunto de ministros y secretarios de Estado que se ocupan de política internacional española, de relaciones exteriores: no se les puede pedir una línea tradicional porque no la hay, porque no hay más que una serie de saltos coyunturales (como la hispanidad y la arabidad antes citados), estrechísimamente ligados a las necesidades vitales de supervivencia del régimen anterior; y porque el mundo es continuamente cambiante. Y, además, porque hay una falta de visión española del conjunto de las relaciones internacionales, como la hay de una verdadera doctrina política nacional. Una mezcla de crisis económica, énfasis ideológicos, aprovechamiento de fuerzas, inseguridad general, miedo, recelo ante algunos compromisos, falta de personalidad, dentro de un mundo donde la situación levanta vientos huracanados. Todo poco satisfactorio. ■

LISTAS DE HACIENDA

Los
CoNteM
poRa
ñEoS

YO también opto, como los grandes ricos, tan bien representados por los editoriales de "ABC", porque no se publiquen las listas de contribuyentes. Así tenemos algo en común los grandes ricos y yo. Pero con aspectos distintos. Me parece tonto decir que el anuncio de la riqueza puede estimular a los delincuentes a atentar contra las personas que los tienen: los delincuentes lo saben siempre antes que Hacienda y mejor, y no se dejan engañar ni defraudar; saben dónde está el dinero. Tampoco me importa el artículo 18 de la Constitución sobre la intimidad personal y la propia imagen, ni las "repercusiones hereditarias y matrimoniales" ("ABC"): también parece que las personas a quienes podrían interesar esas repercusiones y esos aspectos lo saben antes que Hacienda. Tan poco me importan esos matices, que no me importaría nada que fuera mi declaración de Hacienda, única que se publicara en el país: me ofrezco a ese papel de redentor.

Lo que no quiero es que se publiquen los nombres y el dinero de los otros. Prefiero no enterarme. Me da vergüenza: vergüenza por ellos, vergüenza por mí. Prefiero no saber qué personas que viven ostensiblemente mejor que yo, declaren y paguen menos. No quiero convertirme en inspector de mis compañeros. No quiero verme estimulado al fraude, por sospecha de que lo hacen los otros. No, no quiero tener sospechas de personas que estimo, no quiero morir de envidia porque ellos ocultan y yo no.

Me horroriza sentir el morbo de acercarme a la delegación de Hacienda a buscar tal o cual nombre, y a sentir indignación. Porque, además, es posible que no sea verdad: es posible que hayan declarado honestamente, que paguen honestamente; y que el deshonesto sea yo al hacer cuentas de lo que gana éste o aquél.

Quede el problema entre Hacienda y ellos. Que yo no me entere. Que me baste saber que ahora, de cada cinco líneas que estoy escribiendo, una es para el Estado. O tal vez dos: ya veremos cuando haga la liquidación. Si trabajo también para los que defraudan, para los que no pagan, para los que están utilizando mi trabajo para beneficiarse de un Estado que yo estoy ayudando a sostener, allá ellos.

No quiero ponerme a despreciar a personas que tenía como amigos; no puedo consentir que me pongan más espejos en los que mirarme. Ya se me han roto demasiados en los últimos años. Que este político, aquel intelectual o este buen amigo lo sigan siendo: que no vea yo, por favor, sus declaraciones de Hacienda, que no me sienta instigado a pedirles, a la hora de cenar juntos o de encontrarlos en la presentación de su último libro, un poco del dinero que me voy a creer que es el mío, tontamente: prefiero charlar como siempre, sobre la corrupción en abstracto, sobre lo suntuario del Estado, sobre la necesidad de moralizar la vida pública y la privada. Prefiero seguir considerándoles como hasta ahora.

Y por eso me sumo a los grandes ricos, a la gran derecha, para pedir, por otras razones, que se retiren las listas de Hacienda, que no se publiquen más. No quiero enterarme. ■

POZUELO